

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 137

Exposición del doctor don Luis Montaña sobre las ocurrencias en algunos pueblos del interior

Reflexiones del doctor don Luis Montaña, sobre los alborotos acaecidos en algunos pueblos de tierra dentro. Impresas de orden de este superior gobierno. A costa de los doctores de la real y pontificia universidad.

Señor rector.— El adjunto escrito es el óbolo de la mujer pobre. Contribuyo como puedo al Estado; y deseoso de manifestar mi celo con toda prontitud, no he cuidado del aliño. Vuestra señoría se servirá pasar a manos de su excelencia esas reflexiones por si acaso pareciesen a su superior discernimiento oportunas, según las circunstancias.— Dios guarde a vuestra señoría muchos años. México a 2 de octubre de 1810.— *Doctor Luis Montaña.*

Las naciones ven y oyen con asombro las empresas de Napoleón. Los hombres no saben como entender y explicar el éxito que logra. Rastrean los caminos que sigue, cavilan, discurren, y todo es estupor. Los planos del tirano y sus proyectos que deslumbran, causaron una especie de admiración, cual se debiera a un genio extraordinario, o algún principio incógnito y sublime, superior a los ordinarios esfuerzos de la naturaleza. Así se preocuparon después del Egipto, las regiones de Europa. Y ¿en qué confía Napoleón cuando pone esas asechanzas a la virtud, a los soberanos, y a los pueblos, que algunos miserables italianos llamaron miras impenetrables?

Para descifrar este misterio de iniquidad, compatriotas, no es necesario leer grandes libros, cursar las aulas, emprender viajes, introducirse en los gabinetes, ni profundizar en la política. Napoleón, que sabe añadir a su astucia la osadía y desvergüenza, no tiene más

especulación, que valerse de las mismas pasiones del hombre. ¡Cuán cierto es que ellas han hecho siempre al género humano el juguete de los facinerosos atrevidos! No son por cierto peculiares al usurpador de Europa los conocimientos de las propensiones del corazón. Todos los filósofos, ¿qué digo yo? todos los hombres de mediana razón las conocen, como las han siempre conocido; y si cuando todos nos compadecemos de la debilidad humana, abusa de ella Napoleón; es porque él ha roto aquél freno del decoro y de la moral que contiene a cada uno en su deber.

Ved, americanos; todo el secreto. Si los franceses se prostituyen a la esclavitud y a la vileza; si otros pueblos se alucinan; si los leales pasan a traidores, los modestos y timoratos a insurgentes, los hijos de la patria a sus verdugos; no ha empleado en estas obras tenebrosas el tirano, otro esfuerzo que nuestra propensión al odio, a la envidia, a la discordia, al interés y al libertinaje. No nos engañemos: aún más que el cálculo político, conducen tales empresas las pasiones, o lisonjeadas con maña, o avivadas con oportunidad. Nuestra seducción interior que es obra de ellas, dispone a la exterior que se consuma por sugerencias y promesas. Tal es en último análisis el germen de las revoluciones aún de las más violentas al hombre, y aún de las que se conciben con mayor torpeza, como es la que por suma desventura, ha comenzado. En todo caso de convulsión política, influyen los genios inquietos, en dos clases de hombre. A saber: en los que están dominados de las viles pasiones, y en los ignorantes. Lisonjean a aquéllos con promesas, con dinero y con libertad, y deslumbran a éstos con charlas y sofisterías.

Así pasa en todo el mundo; y siguiendo esta analogía, conjeturamos el vergonzoso origen de la anarquía que se intenta. Es verosímil que estos cuatro insensatos de tierra adentro hayan sugerido la independencia como un principio de felicidad, ocultando malignamente el cáncer que desorganizó y corrompe su corazón, para que los pueblos

sencillos y crédulos les ayuden sin saber lo que hacen, a satisfacer el encono que disfrazan con el traje de patriotismo. Sí, ¡vive Dios! sin saber lo que hacen han entrado los incautos en la facción. El cura que predica errores y sedición los ha atraído por el respeto y confianza con que siempre se oye aquí a los sacerdotes. Mas basta para disipar la ilusión hacer un par de reflexiones muy sencillas.

¿Dirán que este reino será feliz en sí y por sí solo; porque en virtud de su riqueza no necesita de España? ¡Torpísima necedad! ¿Cuál es nuestra marina para comunicarnos con la silla apostólica? Paisanos ¿abandonaremos la religión que tuvo y tiene un buen asilo en la América? ¿no necesitaremos ya de obispos? Y sin ellos ¿qué sacerdotes tendremos que desempeñen el cuidado de las almas, los sacrificios, el magisterio y el servicio de los fieles, predicando, administrando, consolando enfermos, sosteniendo huérfanos y viudas? Romperemos nuestra sangrada unión con el señor y con sus santos? Siendo, como es, el Sumo Pontífice el sol de los fieles, que alumbra y da vida y calor al régimen espiritual ¿cortaremos el paso de sus rayos, le eclipsaremos, y seremos felices en la tiniebla? Y la Iglesia de España ¿qué motivo nos ha podido dar para que no recibamos por su medio nuestros primeros pastores? ¿Ese sacerdote indigno de serlo; ese Hidalgo prevaricador, apacentará las ovejas de Jesucristo? ¿sus manos manchadas con la sangre de los cristianos, ofrecerán por el pueblo la hostia de paz? ¿elevadas al cielo, nos atraerán la clemencia del señor; nos desatarán las cadenas del pecado, y nos abrirán las puertas del reino de los cielos? Por otra parte, si no de España ¿de dónde vienen los directores y los operarios de las artes, los libros y los adelantamientos en las letras?

¿Dirase que todo tendremos a costa de nuestro dinero y aplicación? ¿y cuándo? ¿Después que hayamos sacrificado nuestro hijos, amigos y paisanos al espantoso desorden de la insurrección? ¿cuándo hayamos prostituido nuestra conciencia, nuestra razón y

equidad? ¿después que hayamos perdido el crédito que con justicia hemos ganado por nuestra piedad y moderación? ¿después que manchados con el tizne de la ingratitud, comparezcamos delante de las naciones como tigres? ¿entonces tendremos tráfico, amigos, marina, plazas fuertes, ejércitos, confianza mutua, opinión? ¿Con horrores, con efusión de sangre, con perseguir las familias, humillarlas y robarlas, ganarán esos aturdidos el corazón, la confianza y los talentos de los buenos americanos que debían en ese caso gobernar, ilustrar, proteger y defender el Estado?.

Y dando por un momento esa suposición imposible y antojadiza, el hombre que espera la recompensa de la virtud ¿qué satisfacción hallará en perder los bienes que actualmente goza por adquirir después los otros que sólo existen en una imaginación débil o acalorada? ¿Qué adelanta con arruinar a sus hijos, para que después hagan fortuna los extraños? Porque ¿cómo esperar la paz, la abundancia y la libertad con que el reino se vaya fortificando hasta reconcentrar en sí todo el poder y la gloria que va ahora a destruir; que tuvo y conserva por el influjo de España; y que no tendrá sin ella? Si la rebelión siguiese, que no seguirá, porque somos muchos los que reunidos a nuestro alto gobierno, la ahogaremos a la guerra intestina seguiría la extranjera; en vez de abundancia, tendríais que llorar de desolación, consiguiente a la dispersión de tantas familias criollas que subsisten de la industria de los europeos; lejos de conservar la libertad, cualquier nación nos reducirá a esclavitud antes que se organizase una forma de gobierno.

¿Y que señales de procurar nuestra felicidad y de mejorar nuestra política se observan en los cuatro revoltosos? El robo, la sorpresa, la crueldad, el desorden, y lo que es más, el insulto a la religión y al sagrado simulacro de nuestra señora que es nuestro más firme apoyo para con Dios. ¡Qué dolor americanos hijos de la santísima virgen María! ¡Sabe! Que esos cuatro rebeldes son unos perjuros, y que cuando osados pierden el respeto

a los que gobiernan a nombre de nuestro Rey, ultrajan al altísimo por quien han jurado obediencia y fidelidad.

¡Ah! ¿Os habrán persuadido que la insurrección es útil porque impide la salida de nuestros caudales, y que los van a conservar y aumentar para nuestro provecho? Pero vosotros ¿qué estáis mirando? Pillaje, saqueo, talas de campos, dispersión de hombres laboriosos. En la falsa y quizá maligna suposición de que ya es inútil nuestro dinero en España, y de que será pernicioso pasando a los franceses, nunca será un remedio que los disipen unos pocos patricios. Y cuando por imposible, fuese justo que se negase a España; ¿no lo sería arruinar las familias que los han adquirido con un sudor provechosos al reino? Si España a quien debemos de justicia nuestro socorros, no debe recibirlos en opinión de cuatro revoltosos, no es razón ésta para empobrecer a estos habitantes. Su dinero circula en el reino y lo emplean, y muy bien, en la educación de sus hijos. Si se conservase nuestro dinero, dirán los revoltosos a más de hacernos invencibles, multiplicaríamos todos aquéllos establecimientos que dan la prosperidad. Así como esta sería una verdad manteniéndonos reunidos a la península; así es una quimera y un delirio en la desunión e independencia. Ni con nuestras riquezas ni sin ellas valdríamos nada sin España. Paisanos: seamos ingenuos y no nos dejemos tratar como mentecatos. Lo seríamos si diésemos oídos a esos discursos concebidos sin premeditación. Dignaos de atender un momento.

En primer lugar: como va insinuando, debemos de rigurosa justicia nuestros socorros a España. Así lo juzgan los sabios y lo enseñan nuestro sagrados pastores, pues que la necesidad es extrema.

En segundo lugar: estos dominios son del soberano nuestro señor natural que adquirió este suelo; y así negarle o disputar que pueda sacar de estas sus posesiones los auxilios que necesite, fuese cual el pretexto, sería una rebelión y tanto más irracional,

cuanto más cierto es que con ellos vamos a establecer la gloria de España que es la única nuestra, y a conservar la religión de nuestros padres, que es el principal de nuestros bienes.

En tercer lugar: España nos ha ayudado a ser ricos y a elevar nuestra patria a una grandeza a que no hubiéramos llegado ni por nosotros mismo, ni bajo el poder de otra nación aún de las católicas. Sin agravio de ninguna podemos decir, que a más de la santa y sabia legislación española, hay en nuestros hermanos una generosidad, una fe, una condescendencia, y no se qué de simpatía, singularmente experimentada de los que van a la península.

En cuatro lugar: ¿se podrá negar el tiento, la moderación y la dulzura con que pide España en medio de la mayores y más ejecutivas urgencias? ¿No excita la ternura esa consideración con que, a su pesar y, como decimos, a más no poder, consiente en que aumenten unas contribuciones que ha encargado establecer, a la prudencia de los mismos vasallos? ¡Ah ignorantes! ¿Qué nación se contiene en límites tan equitativos?

En último lugar: ¡Qué gloria, que dulce satisfacción no es para el racional y para el amante de la humanidad, redimir la miseria del hermano, y tener parte en su alivios! Hombres inconsiderados: si afuer de vasallos debíamos exponer la sangre y los hijos en defensa de la causa de España, ¿cómo os parece duro el servicio en dinero? Y, cuando él compensa el riesgo de la vida ¿se tendrá por un gravamen insoportable?

Fuésemos ricos o pobres, nada podríamos sin España. Por la inversa: que fuésemos pobres; valdríamos mucho estando unidos a ella. Hágase pues la suposición que se quiera, o calcúlese como agrade la suerte de España. ¿Triunfará? Pues partiremos la gloria de su triunfo, si unidos prestamos los auxilios que podemos prestar; y nuestro galardón será sin duda muy superior aún a nuestros deseos. ¿Será destruida y subyugada? pues nuestro suelo tendrá brazos para trabajadores, pobladores decentes, y artesanos industriosos, labradores

honrados y endurecidos a la inclemencia, capitalistas que fomenten el comercio, y en vez de extraer, nos añadan riquezas y otros pobres para la servidumbre pública o doméstica. Entonces aumentada la población y el comercio, consumiríamos mucho dinero en nuestra comodidad; emigrarían nuestros hermanos en los buques españoles, éstos servirían a la América. En este desgraciado evento que no permita el señor, al proteger a España, no nos vería como enemigos, o por lo menos como sospechoso la Inglaterra; y en este caso por fin perdería Napoleón totalmente la esperanza de invadirnos.

Sin España pues, y con sólo nuestros metales y frutos acumulados ¿qué comercio habría, qué amistades, qué relaciones ultramarinas que son el alma y vigor de los Estados? ¿Se dirá que contentos con nuestro maíz y con nuestro algodón, nada desearemos de fuera? ¿Los revoltosos habrán criado o van pronto a criar gentes nuevas y organizadas a propósito para que renazcan la frugalidad ateniense, y la austeridad espartana; harán cartuja la vanidad y ostentación, dirán que nos estará mejor el lujo inglés o la moda francesa, y que al momento hallaremos fastidio en los excelentes frutos de España?

En fin: acaso, paisanos inocentes, se os ha hecho creer que ninguna provincia de nuestro continente o de las islas se opondrá a la independencia, y que los amigos de España la consentirán impunemente. ¡Ah! ¡Cómo clamaría contra los insurgentes la sangre americana que se derramaría en torrentes en caso de seguir esos cuatro desalmados su desatinado proyecto? Mas ¿a dónde van todas estas reflexiones? A que conozcáis, amigos, la ridiculez, la superchería, la debilidad del pretexto con que creo se os ha engañado.

Lo vais a detestar. Sí, generosos vasallos de la ley y del rey; vosotros que os habéis ganado el más alto concepto de modestos y de racionales, vais a convertir vuestra credulidad en indignación contra esos cuatro locos que han sorprendido vuestra buena fe vuestra sana intención. Voy a decir con franqueza mi conjetura. Un largo estudio en el

hombre mismo físico y moral, estudio necesario a mi profesión, me ha como forzado a conocerlo. En medio de la inmensa multitud de americanos, todos honrados, mansos, leales e ilustrados, hay en efecto unas cuantas almas que no pueden sobreponerse a los resentimientos nacidos de que algunos europeos inconsiderados, sin sentimientos ni educación, les han insultado. No disimulemos nada. Todo artificio es indigno del filósofo. Los imprudentes han podido ser ocasión de la funesta rivalidad, y de la odiosa distinción de criollos y gachupines. A la verdad, los malos españoles no tienen razón para trataros con desprecio. No hay nación culta; no hay un pueblo siquiera de los más críticos y aún de los más decididos misántropos que no reconozca públicamente como extraordinariamente feliz el talento americano. Lo elogian y santamente envidian las ventajas que a la cultura americana ofrecen el clima, la paz, la dulzura del genio indiano.

Lo buenos españoles y es la mayor y mejor porción, que os conocen más profundamente, han experimentado, y aprecian la virtud, la generosidad, la pacífica y ciega docilidad de los americanos. ¡Ah! ¡qué sé yo, si esa vuestra perpetua y fiel sumisión, habrá sido para esos cuatro traidores, un motivo de impropio! Patriotas del reino más dócil; no sea capaz de desquiciaros esa vil astucia. No americanos: nuestra sagrada filosofía exceda a todo ardor indigno del hombre de razón; quiero decir; no se atribuya a un país o nación, la culpa de alguno de sus nacionales; un puñado de hombre sin crianza, no debe excitar una persecución general; en verdad. Pues mucho menos moveros a desatender a los que habitan la península y combaten por nuestra religión, por su libertad y por la nuestra, por la gloria nacional en que tenemos tanta parte, y con quiénes hemos contraído las más sagradas obligaciones.

¡Sí, por Dios! Las más sagradas. No recurramos a nuestros anales a ver y a admirar con filial regocijo, el celo y piedad con que España nos ha enviado desde la conquista, y sin

cesar, tantos hombres grandes en virtud y sabiduría, prelados, maestros, misioneros, magistrados, profesores de ciencias y artes, libros, máquinas etcétera. Presidamos de la liberalidad y de las insignes demostraciones de cariño y de honor con que nos ha favorecido, y sería inmenso referir; acordémonos solamente de que desde el momento que cayó de su privanza el infame Godoy y hasta la fecha, nada ha tomado España con mayor empeño que protestarnos su sensibilidad, honrarnos y estrechar los dulcísimos vínculos de hermandad; vínculos que todos debemos respetar como establecidos por ordenación de la divina providencia para llenar los altos inescrutables designios que tiene formados sobre nosotros.

Por poco que reflexionemos en la cadena admirable de nuestros sucesos, no podemos dudar que el señor ha hecho necesaria la mutua dependencia de españoles de Europa y de América; dependencia entre padres, hijos, y hermanos; dependencia, por lo mismo, grata, honrosa, y, hablando con rigurosa propiedad, dependencia sagrada o inviolable. Cuando llegue el caso de que una madre subsista atendida a los esfuerzos y a la prosperidad de sus hijos, les da esa misma dependencia una honra especial. Sí, a fe, ellos en esa misma necesidad hayan la más sabrosa complacencia. ¡Hijos desnaturalizados! ¿Pensáis con la generosidad que os ha sido propia, cuando válidos de la debilidad y de la tribulación de vuestra madre, no solamente os hacéis sordos a sus tiernos gemidos, más también ¡qué crueldad tan nueva e inaudita! ¿Pretendéis que los hijos reconocidos y atentos al deber, la nieguen todo recurso en la mayor angustia? ¿Tendréis la fuerza de verla perecer indefensa por vuestra bárbara mezquindad?

Pero ¿qué hago? No debo hablar con esos revoltosos. Vosotros fidelísimos y virtuosos pueblos: vosotros sencillos habitantes de unas provincias do reina la inocencia y la moderación ¡creis que las quejas personales son quejas de patria? Despreocupaos. Es

necesario repetirlo; el exceso de altanería o el defecto de prudencia de los hijos, no se imputen a la madre que nos dio el ser, y nos ama de corazón. Lejos de tener parte en la poca molestia de algunos hijos mal complexionados o pervertidos, detesta los males que nos han hecho, y protesta repararlo. Desaprueba los vicios que se habían introducido, y renueva y anima el celo por nuestra felicidad; de suerte, compatriotas, que ningún tiempo es más despreciable que en éste, el pretexto de rivalidad que hacen valer esos cuatro aturdidos; pues que la nación en Cortés va a callar todas las cuantas quejas haya podido excitar en política de algunos de nuestro hermanos. Ella sabrá contenerlos y escarmentarlos, cuando no basten el sonrojo, la confusión y pesadumbre que debe causarles su propia conciencia, cuando les acuse de que han sido la ocasión o el fomento de una división que expone a ambas Españas a los mayores peligros, y de una desconfianza que entibia, y, si no olvidamos estas debilidades, llegará a enfriar el fuego sagrado del amor de la religión, la naturaleza, el honor, y la gratitud han ascendido, y a que dan pábulo nuestros propios intereses.

Sí, amigos: nuestros intereses. ¿Qué seríamos sin España; sin la nación que nos ha ilustrado, estimado, ennoblecido y auxiliado con leyes, conciencias, con brazos, con armas, con buques? En efecto, nadie se ha atrevido a violar nuestra tierra por miramiento a España o por temor de su esfuerzo; y por esta razón hemos vivido tranquilos, sin necesidad de ejércitos y de fortalezas. Cuando ha sido invadido algún punto de América, la ha defendido o recobrado España. Así es evidente que el país más codiciado de todos, se ha conservado feliz y seguro a la sombra augusta del trono español; y si en cualquier época que no nos protegiere nos invadirán; es mucho mayor este riesgo quedando esos pocos traidores den a entender que estamos divididos; que es cuánto pueden desear los que codician estas felices regiones. Sobre todo ¿cuánto apreciará Napoleón este cisma, que en todas partes ha labrado

su fortuna?

Y entre nuestros intereses ¿no es de los primeros el pundonor? Ciertamente; gran dolor cuesta considerar la mofa que se hará de la fervorosa y alegre lealtad con que juró a Fernando VII la Nueva España. Revoltosos pérfidos, escándalos del universo ¿con qué suplicio pagaréis la culpa de cubrirnos de ignominia? Ajado nuestro decoro, degradada nuestra antigua firmeza, escarnecido nuestro carácter, destruido el concepto que siempre mereció nuestro celo religioso, y calificada nuestra vergonzosa inconstancia, ¿qué esperaríamos, y a qué nos expondríamos? No llegará el caso. Sin embargo, y para precaver toda agresión, abandonad, pueblos engañados, a esos revoltosos, y reunámonos. Todos somos españoles, como si hubiésemos nacido en Europa. Deshonra a europeos y americanos la rivalidad, y a todos nos perdería la desunión. ¿Nuestra índole suave, pacífica y generosa, sufrirá la ruina de tantas familias criollas, y a su vez darán pobladores que constituyan la honra y el lustre de la patria y aumenten su gloria y su riqueza?

Huyamos, pues de esos bandidos que las persiguen en una coyuntura en que pueden pedir a la nación la satisfacción a sus quejas, y en que por consiguiente es al doble atroz el atentado de tomarse por sí la venganza. ¡Inhumanos! ¡Mentidos políticos! Esas familias hacen falta a la agricultura, a la industria, a la circulación del dinero. Esos hijos, esos domésticos harían otras tantas cosas criollas. Los criados de los europeos serían la sombra de ellos, otros tantos padres de familias, quizá los más útiles al servicio del país.

Paisanos de tierra adentro: no esperéis a que se derrame vuestra sangre, como será forzoso para escarmentar a los facciosos que os han vendido. Anticipaos a obrar por principios de religión y de racionalidad, y por convencimiento; abandonad a esos necios que sólo os pueden traer ruina y afrenta.

Concluyamos un reflexión perentoria. Ni la naturaleza, ni su divino autor han limitado la virtud, ni el honor, ni el buen sentido, ni ninguna otra cualidad, a determinados países. Más quedando así fuese con respecto a la virtud política; es muy cierto que con relación a la moral del cristianismo, todos los que por la infinita misericordia lo profesamos, somos conciudadanos de una misma patria. Así pues, sea que se atienda solamente a las leyes fundamentales de la sociedad aunque fuese entre gentiles, sea que se haga uso de la verdadera y única filosofía que es la del Evangelio, no hay una consecuencia más legítima ni más bien demostrada que ésta; a saber. El hombre honrado, virtuoso, amigo de la humanidad, y que reunido al gobierno trabaja en pro de la sociedad, es nuestro compatriota, amigo y hermano, aunque venga de alguno de los polos del mundo. Pero el vicioso, el holgazán, el sedicioso y mal intencionado, aunque haya nacido entre nosotros, es un enemigo y más indigno de nuestra compañía que las fieras del bosque.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602